

L

LIBROS

Se acabó el recreo

Dario Ferrari

Traducción de Carlos Gumpert

Libros del Asteroide,
400 págs., 24,95 euros



Una casa sola

Selva Almada

Random House
144 páginas
18,90 euros

La risa y el plomo

«Se acabó el recreo», de **Dario Ferrari**, pasa de la tragicomedia a la novela de formación para construir un personaje indolente que aprende a decir «no»

Ricardo Menéndez Salmón

Ha conseguido **Dario Ferrari** con «Se acabó el recreo» algo así como la cuadratura del círculo: levantar una hilarante novela de campus, con las intrigas, rencillas y pequeñas miserias propias de las comunidades académicas (en el caso presente, el mundo de referencia es el de los doctorandos en Literatura), y hacerla dialogar con una conmovedora reflexión acerca de las estrategias de la violencia ejercidas tanto por el Estado como por los grupos revolucionarios de izquierda que convirtieron Italia, durante unos cuantos años del último tercio del siglo pasado, en un polvorín.

El principal logro de la novela, ese diálogo entre el gatopardismo universitario y el intento de transformación del mundo a través de las prácticas terroristas, se sostiene en el hallazgo de una voz inolvidable, la del protagonis-

ta de la novela, Marcello, un hombre que, ingresado en su tercera década de vida, halla que su mayor y más firme vocación es la abstinencia a la hora de tomar decisiones. Reacio a seguir en el negocio del bar familiar, embarcado en una relación de pareja tan plácida como previsible, sin ambiciones claras y esclavo de un peterpanismo memorablemente descrito, Marcello recuerda a los *vitelloni* de la película de **Fellini** que se conforman con dejarse llevar por el río de la vida. El miedo al compromiso y la ausencia de objetivos son los pilares de una existencia tibia y complaciente. Pero ese *statu quo* saltará por los aires cuando Marcello solicite sin mayores esperanzas una beca de doctorado que, por azares deliciosamente descritos, acabarán por concederle. El objeto de investigación de esa beca será un paisano suyo, Tito Sella, quien, aparte de publicar unos pocos libros, participó en los años de plomo que sacudieron Italia como parte de un grupo

denominado Ravachol, en homenaje al célebre anarquista francés.

Ese tránsito de lo académico a lo existencial, la búsqueda de las fuentes vitales de un hombre que combinó palabras y hechos para intentar construir un presente más justo, provoca en Marcello una conmoción que le obliga a reconsiderar el conjunto de su estructura emocional, sin que por ello la novela pierda, en ningún momento, su extraordinaria agudeza humorística y su capacidad para convertirse en un retrato nada complaciente de cierta masculinidad en crisis. Pues, en realidad, lo que a Marcello le sucede es que, al descubrir a ese paisano suyo arrinconado por la memoria de su época, se le revelan, en buena medida, las costuras heridas de su propia vida.

Y así, «Se acabó el recreo», que arranca como una tragicomedia ligera, acaba, mediante los paralelismos insinuados entre las vidas de Tito y Marcello, por convertirse en una notable novela de formación, cuyo tema capital no es otro que la dignidad, el derecho que nos asiste a decir «no» ante ciertas realidades, la capacidad de mudar el curso de los acontecimientos mediante nuestras acciones, la obligada conquista de una mayoría de edad permanente a la que nos empujan los compromisos, grandes o pequeños, que vertebran y definen nuestras vidas.

Las paredes oyen

En su nueva novela, **Selva Almada** cede la voz narrativa a una casa abandonada por sus inquilinos

Fernando Menéndez

Si uno ha leído las novelas de **Selva Almada** (Entre Ríos, 1973) habrá comprobado que, entre otros aspectos, la fuerza de su escritura radica en plantear y desarrollar unas atmósferas en las que parece que todo está a punto de quebrarse pero no acaba de hacerlo. Esa tensión es una grieta a través de la cual se cuele el lector como un testigo activo.

Siempre vigilando que la trama no ocupe todo como un río desbordado, Almada encuentra siempre un equilibrio en el que la fuerza y la expresividad del lenguaje salen beneficiadas por ser al final lo más identificativo de un texto literario.

Así sucede con su nueva novela: «Una casa sola», en la que, forzando límites y buscando retos, quien cuenta una historia del campo y sus habitantes es una casa abandonada por la que, a lo largo del espacio y a través del tiempo, han pasado diversos inquilinos. La casa, que comienza siendo un escaso refugio de adobe, asume ser un testigo que habla en busca de la verdad; que aspira a dar por resueltos algunos enigmas.

En la prosa de Almada sobresale la elección muy concreta de un paisaje y

la elaboración casi de un idioma propio, sostenido por expresiones locales que singularizan un castellano muy alejado del porteño de Buenos Aires. En cómo dices lo que dices se manifiestan muchos rasgos de personajes.

La casa que nos habla viene de la tierra; todo lo narrado está a ras de suelo. Hasta las ambiciones del patrón que mantiene a sueldo a los inquilinos de la casa son tan terrenales que apenas sobresalen.

Un paisaje, como se decía antes, y un carácter preñado de violencia: a veces literal, otras determinado por unas condiciones de vida miserables. Las ficciones de Almada dan cobijo a personajes que se mueven en la periferia; a personajes que se desloman por vivir día a día. La naturaleza, los animales, completan un mundo literario que se desarrolla novela a novela. Referencias a «El llano en llamas» de **Juan Rulfo** o a **Daniel Moyano**, colocan a la autora de «No es un río» en la nómina de autores desvinculados de lo urbano e identificados con lo rural.

Pero atendamos por un momento a la trama: una inquietud recorre las paredes de la casa que habla: la desaparición de los Lucero, la última familia que la habitó. Con toda la carga de profundidad que supone una ex-

presión como «desaparecer», los Lucero se evaporan de un día para otro. Problemas con el patrón; dificultades económicas; víctimas de un abuso de poder. La incertidumbre genera interés y Almada lo sabe. No es un policial donde un caso quede resuelto. «Una casa sola» es la voz de una mirada y unos oídos. La mirada tiene sus límites y el oído sus confusiones, y en ese espacio difuso puede entrar el lector a resolver lo irresoluble o a mantener las expectativas. Así se expresaba Almada en una entrevista en la revista «Quimera»: «Si la trama no está escrita con lirismo, con exploración del lenguaje, con búsquedas, es como que tampoco me alcanza (...) En ese balance, además, aparecen siempre tensiones y silencios (...) Me gustan las novelas que tienen huecos, que tienen hilachas, que no son perfectas».

No aparece la familia Lucero a pesar del esfuerzo de sus parientes. La respuesta de la casa es fundirse con su entorno. Todo es paisaje o todo acaba volviéndose paisaje: los miedos y los anhelos; las voces y la escritura; el poder y el silencio; la memoria y las negaciones... En «Una casa sola» se abren las páginas desde el principio a la justicia de la naturaleza. Hasta una casa en mitad del campo acaba por ser parte de un ciclo vital en el sentido más estricto del término: aquí radica en parte la fuerza de la novela: «Aunque no me haya movido, desde que los Lucero no están, cada día he vuelto un poco, confundida en el abrazo del espinal. Sigo en pie como esas viejas muy viejas; de pura empuñada nomás».